

SABER, SUJETO Y VERDAD¹

Adriana Hercman

El Psicoanálisis se alimenta de las observaciones aparentemente más pueriles. Las reseñas son muchas y muy importantes...desde el juego del carretel, hasta la fenomenología del antecedente del objeto a llamado transicional, el juego infantil de par- impar e incluso la observación fenomenológica del estadio del espejo y sus consecuencias teóricas

Para trabajar el tema que nos convoca, relativo a las cuestiones del saber, voy a considerar la particular relación del sujeto al saber en las llamadas teorías sexuales infantiles y en el juego, teniendo en cuenta que no hay teoría y no hay juego si no hay pregunta y que en ambos casos se trata del despliegue de una pregunta que encuentra su orden en la estructura.

En primer lugar, tomo la observación que constituye el primero de los *Ensayos de Psicoanálisis* de M. Klein, escrito en 1921, que mantiene aún hoy una frescura y una fuerza sorprendentes. No se trata del relato de un análisis propiamente dicho sino, como ella misma lo llama, “*un caso de crianza con carácter analítico*”. Klein tenía la posibilidad de ver a Fritz todos los días y de conversar con él, lo que deja de sorprender cuando nos enteramos de que el niño era su propio hijo Eric.

Eric era un niño cargado de preguntas. Hacia los cuatro años y medio, comienza a interrogar acerca del nacimiento y la existencia de Dios y lo que hace a esta observación muy interesante es que Klein traza toda la historia del caso siguiendo casi exclusivamente la evolución de las preguntas en su contenido y en su modo.

Respecto a la posición de Klein en lo relativo al saber y al fantasma, se pueden leer dos posiciones llamativamente opuestas: un primer momento en el que su posición no se diferencia del deseo del educador apoyado, eso sí, en “conocimientos psicoanalíticos”. Desde este lugar, la represión se

¹ Trabajo presentado en el II Congreso Argentino de Convergencia, Buenos Aires, agosto de 2005.

define desde el exterior como producto de una “presión social” y se esperan efectos liberadores si al niño se lo esclarece en lo relativo a las cuestiones sexuales en la medida de su curiosidad, desembarazando en esa misma operación a la sexualidad de sus misterios y previniendo a los niños del peligro que representa la ignorancia. La iluminación de saber por parte del adulto tendría efectos sobre el sujeto infantil, especialmente en lo que se refiere a su poder intelectual y su creatividad. Efectos, a largo plazo, sobre la evolución de la humanidad. Es una época en que varios analistas comparten la misma ilusión e imaginan hipotéticos jardines de infantes que evitarían la cristalización de las neurosis.

Ahora, qué es lo que encuentra Klein en el diálogo con Eric? Al no eludir las preguntas que él formula y al no dejarse ganar por el malestar que esto puede suscitarle cuando se trata de preguntas relativas a lo sexual, puede ver cómo efectivamente, el niño afirma un mejor dominio de la función simbólica y de la realidad. Pero no hace falta andar mucho para encontrarnos rápidamente con los límites de esta intervención educativa, aún cuando se la lleve a cabo con la aguda inteligencia que manifiesta Klein respecto de la angustia en el niño.

Si en un primer momento se trata de convencer a padres y educadores de la necesidad de no mantener al niño en la ignorancia y de responder a sus preguntas sin anticiparlas, -dado que a la curiosidad natural y espontánea del niño se contrapondría la resistencia de los adultos- en un segundo tiempo la resistencia aparece en el sujeto y se manifiesta masivamente en el rechazo al saber o, de manera más sinuosa, por el recurso a una u otra actividad compulsiva.

Las preguntas llevan a un lugar en el que toda respuesta resulta impotente, está en falta: al rodear el enigma de la prohibición del incesto se produce un desfallecimiento absoluto del saber. En efecto, después de haber hecho preguntas numerosas y diversas, Eric había llegado a un punto en el que incluso evitaba hacer preguntas y hasta escuchar, pues, al escuchar- relata Klein- podía, sin preguntar nada, obtener lo que se negaba a recibir. El niño que tanto preguntaba, de eso ya no quiere saber nada. Se volvió repentinamente taciturno y mostró un notable desagrado por jugar.

Encuentro en este recorte puntual de la experiencia, un momento fundante en el que el saber, vía represión, se constituye como saber inconsciente. Podemos situar también en este punto cómo este orden de saber inconsciente se pone en juego en el plano transferencial: aunque Eric ya había sido advertido respecto de las grandes verdades y aún cuando este conocimiento fuera aparentemente bien integrado -como lo atestiguaran la desaparición de inhibiciones y el fin de las preguntas estereotipadas-hay un resto: Eric sigue convencido de que los niños brotan del estómago.

Entonces, lo que produce el mencionado cambio en la lectura kleiniana es, evidentemente, el encuentro con las teorías sexuales infantiles.

Freud en *“Análisis terminable e interminable”*, comenta el efecto resistencial que encuentra en los analizantes luego de que se les hubiera transmitido en transferencia un saber acerca de los síntomas que padecen y dice que después de la revelación de este saber se comportan de la misma manera que los niños, quienes luego de esta transmisión por parte del adulto saben algo más que antes no sabían, pero no hacen ningún uso de este saber...” se comportan así *“como los primitivos a los que se les ha impuesto el cristianismo, y que en secreto siguen honrando a sus viejos ídolos”*.

La teoría sexual infantil pone en evidencia una escisión entre un orden de realidad y otro que consiste en un lugar del fantasma donde puede desplegarse y encontrar alguna respuesta la angustia de castración. La teoría viene a oponerse entonces a la inyección de saber adulto o científico con similar fuerza, inercia y viscosidad como la que Freud encontró en la reacción terapéutica negativa en tanto que este saber detenta una verdad que ningún otro orden de realidad es capaz de proveer. Un saber que resulta ser más eficaz no sólo que las fábulas que los adultos forjan para el uso de los niños, sino también que el saber que ellos despliegan.

Las funciones corporales oral y anal y el goce que las acompaña proveen los elementos de figuración de esta “teoría” o construcción fantasmática, y como ésta constituye un modo privilegiado de articulación del Edipo, se hace necesario esa adherencia que las mantiene contra ese saber que podemos llamar oficial, compartible o de la ciencia. Una respuesta del fantasma puede ofrecer un espacio propicio a tal articulación y llevar a alguna verdad respecto del enigma relativo a la prohibición del incesto, horizonte de todo deseo de saber.

Eric se resiste a la sugestión, reeditando aquello con lo que se encontró Freud en sus histéricas. Y es únicamente porque Klein dejó a la verdad hablar en ese saber que es de otro orden y así pudo resituar su propia escucha, que dio un paso inaugural en el análisis con niños, separándose claramente de la ilusión profiláctica y ortopédica representada por el anafreudismo.

El saber inconsciente se plantea así diferenciándose claramente del conocimiento de la ciencia, lo que nos permite hablar de otros saberes que el de la ciencia y admitir, con Lacan, que tenemos que renunciar en PSA que a cada verdad corresponda un saber y que el saber de lo inconsciente es un saber que no comporta el menor conocimiento.

Mientras que la ciencia, de la verdad como causa, no quiere saber nada, el PSA se compromete con esa carencia central que la ciencia rechaza, con la

división misma experimentada por el sujeto entre el saber y la verdad, división del sujeto que Freud localiza respecto de la castración en la madre, el resorte mayor de la subversión misma que se articula en esta dialéctica y que constituye ese margen que todo pensamiento ha evitado, saltado, rodeado o taponado.

El sujeto encuentra su estatuto en la división experimentada en el sujeto entre el saber y la verdad. Es precisamente en el encuentro con la falta en el Otro donde el sujeto se divide para con la realidad, siendo que de allí se abre un abismo contra el cual el sujeto podrá amurallarse con una fobia o recubrir con un fetiche.

Estamos dando vueltas alrededor de tres términos: saber, sujeto y verdad. La verdad, como lo excluido del saber, puede pensarse de muchas maneras, cada una de las cuales implica un desarrollo particular: la sexualidad, el sexo o la disimetría sexual.

En la clase del 19 de mayo del Seminario “Problemas Cruciales...”, Lacan presenta estos tres términos -saber, sujeto y sexo-, como tres polos donde se constituye todo orden subjetivo, siendo que nada sería concebible en la dimensión analítica sin la conjunción de los mismos. Para dar cuenta del tipo de relación entre ellos, recurre a una analogía entre la dinámica que es la que se da en el análisis y el juego de la morra o más conocido entre nosotros como el juego de “Piedra, papel o tijera”. Lacan plantea así la dialéctica del análisis como un juego, y en este sentido como el juego del análisis, ya que el análisis mismo no queda excluido de la noción de juego: tiene todos sus caracteres.

Para entender entonces a qué juego jugamos tendremos que introducir la lógica del juego en cuestión. Se trata de un juego que se sigue en forma de rueda, indefinidamente, donde un término queda siempre excluido del juego y de los dos que quedan uno domina respecto del otro.

Las reglas son muy simples: los dos jugadores cuentan hasta tres y luego muestran, al mismo tiempo, sus manos en las siguientes opciones: piedra (puño cerrado), papel (mano abierta), o tijera (señal de la “v”). El ganador se decide según la regla que estipula que la piedra aplasta a la tijera, la tijera corta al papel y el papel cubre la piedra. Da cuenta así de una economía donde cada uno de estos términos se reenvía uno al otro en una relación que, en primera aproximación, parecería ser de dominancia circular.

Pero Lacan destaca que no se trata solo de una relación circular: es un juego donde juegan aparentemente dos jugadores y donde, jugándose tres términos, sólo entran dos términos de los tres. Hay un término que queda siempre excluido, el tercer jugador, que Lacan llama aquí la realidad de la diferencia sexual.

En la medida en que hay juego, hay localización del sujeto en relación al saber y lo que queda excluido del saber es el sexo, visagra alrededor del cual gira esta relación triple. Esta es una manera interesante que encuentra Lacan para referirse a la relación oblicua que separa al sujeto del sexo. La verdad, en relación al sexo, está marcada por una imposibilidad y el saber sobre el sexo no solo es imposible sino que aparte no se quiere saber nada de él.

Para dar cuenta de la dinámica descrita, Lacan recurre a la topología y monta estos tres términos (sujeto, saber y sexo) en una banda de Moebius, un imaginario que es distinto al del espejo plano y que corresponde al imaginario del fantasma. La experiencia del análisis, dice Lacan, no es otra cosa que el recorrido de esta banda de Moebius, es una especial relación entre estos tres términos. Los elementos se encuentran en caras diferentes, en un instante dado: cuando tenemos el saber se nos excluye el sujeto (queda en afanisis, como lo figura el apólogo del esclavo con su destino escrito en su cuero cabelludo), y cuando tenemos al sujeto se nos escurre saber (como se experimenta en el síntoma). Cuando tenemos acceso a una cara, la otra se nos escapa.

La teoría sexual infantil “se extravía de modo grotesco” (Freud) respecto del saber comunicable de la ciencia, y la matriz sintáctica o lógica del juego descrito, nos parece tan inverosímil como la teoría sexual. Una construcción artificial, un desafío al sentido común que entiende que si la entidad A es mejor que la entidad B y la entidad B vence a la entidad C, entonces la entidad C no podría superar a la A. El juego (como la teoría sexual) arma ficción en la construcción del fantasma.

Tanto en la teoría (sexual, psicoanalítica) como en el juego (aquí el dispositivo analítico mismo), se trata de inscribir las condiciones de posibilidad de acceso a una verdad relativa a lo real del sexo, de la constitución del estatuto de ficción que necesita la verdad para poder decirse a medias. Teoría y juego arman el soporte ficcional en que entra a jugar la dimensión de verdad, de tal manera que simultáneamente, el saber que se anuda en el fantasma va también a velar aquello mismo que es su fundamento: la verdad en relación a la castración, es decir, la diferencia sexual (el tercer jugador, siempre excluido).

El sujeto entra al juego del análisis como objeto, dice Lacan, deyecto de algo que se ha jugado en otra parte, otra escena, y desde donde ha caído, del deseo de los padres. La construcción fantasmática sale al paso del encuentro del sujeto con lo real de la diferencia sexual como una forma de suturar la división.

Cada vez que en la operación analítica se cierne alguna verdad, hay una caída que es caída de saber que se anuda en la transferencia, y esta operación implica de por sí el surgimiento de alguna verdad que notiene

nada de revelación y que no implica ninguna fe. Porque si la naturaleza del juego está condicionada por la exclusión de la verdad, esto no impide que se hagan sentir sus efectos bajo la forma de experiencias relativas a los efectos de verdad.

La operación analítica pasará por hacer que el ser que el sujeto encuentra identificado a este objeto resto del deseo de los padres, se pierda y se articule a una falta, cayendo en este rodeo una relación al fantasma.

El juego (infantil o del análisis) y la teoría sexual, alcanzan su límite y caen, al tiempo que revelan su función en tanto posibilidad de inscripción de un real hasta entonces sin cifra.

En el discurso analítico, el objeto encuentra su soporte en el saber que está en el lugar de la verdad. Desde allí interpela al sujeto, y ello tiene como resultado la producción del S1, del significante del cual cada sujeto, uno por uno, podrá resolver su relación con la verdad. Esta es la única ganancia pensable de este juego, que descarta toda reducción a una intersubjetividad posible entre dos jugadores y toda conceptualización de juegos de suma cero (juegos donde las ganancias fueran mensurables y equitativamente repartidas entre dos pretendidos jugadores). Esta es la brecha que separa el discurso del PSA de la alianza del “engañémonos juntos” que propone la Psicología en su cientificidad.

El sujeto gana descubriendo por medio del juego del análisis algo de su verdad, que tendrá que ver con la significación que cobran en su destino particular los datos de la partida con los que comienza su juego y que le son propios.

Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.